

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año X. Vol. X.

Septiembre 15 de 1915.

Número 17

Congreso Eucarístico Nacional

De la Revista intitulada *Etudes Ecclésiastiques*, hemos traducido literalmente lo que sigue:

«En el mes de septiembre de 1913, se celebró en Bogotá un Congreso Eucarístico Nacional. La relación del Congreso, que corre publicada en un precioso volumen *in folio*, magníficamente ilustrado, e impreso con exquisito gusto, fue así ofrecida en obsequio a Monseñor Lebeurier, por el señor Canónigo Salustiano Gómez Riaño, Asistente General de la Unión Apostólica en Colombia, y Presidente del Comité encargado de preparar lo necesario para el Congreso. Con sólo hojear el referido libro, uno advierte la idea dominante de los miembros del Comité: ellos quisieron imitar cuanto ha habido de más edificante en nuestros Congresos internacionales y se esforzaron en superarlos. ¡Bella y fecunda emulación a la cual debe Colombia el haber pasado un día de cielo aquí en

la tierra! El Congreso duró una semana, pues empezó el lunes 8 de septiembre, con la ceremonia inaugural, y terminó el 15 del propio mes con un banquete dado por el Arzobispo de Bogotá.

El Gobierno de la República tuvo parte activa en el Congreso. El Poder Legislativo expidió una ley para rendir homenaje nacional a Jesucristo, rey de reyes, presente en la Eucaristía. Las autoridades fueron oficialmente invitadas, y correspondieron a la invitación con señalado alborozo. Hubo no pocas peregrinaciones y millares de Congresistas llegaron a Bogotá, desde muy apartadas regiones, a pesar de las dificultades que presentan las vías de comunicación. Las Asociaciones religiosas y civiles establecidas en diversos lugares del país, enviaron al Congreso sus respectivos delegados, de modo que toda la República estuvo allí representada. Los discursos, las conferencias y las poesías, demuestran muy a las claras que los talentos superiores de aquella nación se esforzaron considerablemente para trabajar en servicio de la fe, y del amor a la santa Eucaristía.

Los habitantes de Bogotá no ahorraron sacrificio alguno para que las decoraciones e iluminaciones, los carros alegóricos y la carroza que sirvió para llevar en procesión triunfal al

Santísimo Sacramento, fueran de lo más suntuoso que cabe imaginar.

La adoración nocturna y diurna, las comuniones generales, la de los niños, las Cuarenta Horas celebradas simultáneamente en varias iglesias, las demás solemnidades que cada día se hacían en las parroquias de la ciudad, todo esto manifiesta que en el Congreso intervinieron no solamente los católicos sino cuantos residen en la capital de la República.

Los seises, a imitación de los de Sevilla, iban en la procesión, danzando delante del Santísimo.

Los gremios de industriales y obreros con sus respectivas banderas, las congregaciones, corporaciones y colegios, el clero presidido por catorce Obispos, recorrieron el largo trayecto de la procesión, por entre dos filas de soldados que formaban calle de honor. Detrás de la carroza y en lugar preferente iba el Presidente de la República, a pie, devoto y recogido, con la cabeza descubierta y rodeado de sus Ministros.

¿Podrá darse algo más hermoso?

En la Asamblea sacerdotal, en donde se trató de las obras eucarísticas y de los medios de santificación para el clero, el señor Presbítero Abel Naranjo, Superior de la Unión Apostólica de la Arquidiócesis de Medellín, hizo una

disertación sobre el origen y progreso de la Unión en aquella Arquidiócesis.

‘La Unión apostólica fue establecida en Medellín por el señor Presbítero D. D. Salustiano Gómez Riaño, el año 1890, cuando era Obispo de esa Diócesis el Ilustrísimo señor D. D. Bernardo Herrera Restrepo. Cincuenta y dos sacerdotes se alistaron en la Unión, de los cuales veintitrés han muerto ya.

El año 1891 fue trasladado a la Sede Arzobispal de Bogotá Monseñor Herrera, y el señor Gómez le acompañó. Entonces quedó en Medellín como Superior de la Unión el señor Presbítero Naranjo, quien la gobernó seis años, durante los cuales ingresaron a la Asociación cuarenta y tres sacerdotes. Más tarde el señor Presbítero Naranjo fue nombrado Cura de la Parroquia de Abejorral, y le sucedió como Superior de la Unión, el señor Canónigo Bustamante. Por quince años consecutivos trabajó con actividad y celo el señor Bustamante en pro de la Unión, y en este lapso de tiempo se inscribieron como socios, ochenta y siete sacerdotes.

Después de la muerte del señor Canónigo Bustamante, acaecida en 1913, el señor Presbítero Naranjo reasumió, por voluntad de su Prelado, el gobierno de la Unión.

Según la estadística presentada en la Asamblea sacerdotal del Congreso, en la Arquidióce-

sis de Medellín se han inscrito ciento ochenta y seis sacerdotes como miembros de la Unión; de esos han muerto treinta y siete; dos han abrazado el estado religioso, y catorce pertenecen a otras Diócesis. Quedan pues en la Arquidiócesis de Medellín ciento treinta y tres socios.

Puedo asegurar, dice el señor Presbítero Naranjo, que todos los socios, con muy raras excepciones, cumplen exactamente todos los deberes de la regla. Trabajan con actividad en el ejercicio de su ministerio, pero destinan también el tiempo necesario a las prácticas que alimentan el alma sacerdotal, la retemplan en el fuego del amor divino, le comunican el vigor que necesita para la lucha, y la hacen dar un paso más en el camino de la perfección.

Aún no se ha podido establecer el retiro mensual en comunidad, al modo como se hace en Bogotá, por las numerosas ocupaciones de los asociados, pero cada socio lo hace en particular.

Afirmo que el clero de esta importante Arquidiócesis ha recibido un gran beneficio del cielo con el establecimiento de la Unión Apostólica, y no vacilo en asegurar que, merced al esmeradísimo cumplimiento de los deberes que ella impone a los asociados, éstos han podido conservarse a la altura de su ministerio sublime.

Casi todos los sacerdotes de esta Arquidiócesis, excepto unos pocos, pertenecen a esta saludable Asociación, y siempre se ha notado en ellos interés especial y celo extraordinario para cumplir los deberes del santo ministerio.

No es favor de escasa importancia para el clero de estas regiones el que la Unión Apostólica haya extendido su acción protectora sobre él, para hacerlo así partícipe de aquella vida divina que no es sino la continuación de la que vivieron los apóstoles y discípulos en los albores del cristianismo, cuando acompañaban a Nuestro Señor Jesucristo, y de quien recibieron la formación y el sublime ministerio. Esa vida es semejante a la de los primeros Obispos que congregaron en torno suyo a los sacerdotes de sus respectivas iglesias para enervorizarlos, ejercitarlos en la oración, instruirlos, y dirigirlos así en los estudios como en los trabajos apostólicos.

Monseñor Cayzedo, dignísimo Arzobispo de Medellín, ha manifestado siempre vivísimo interés por la Unión; varias veces la ha elogiado, hablando de ella a los sacerdotes con ocasión de los Ejercicios espirituales del clero, y se ha mostrado muy complacido por los frutos de santificación que ella produce.

El señor Canónigo Gómez Riaño, que goza de estimación general en Colombia, ha llegado

a ser Asistente General de la Unión en esa República; continúa propagándola celoso y activamente en las Diócesis de Colombia; y por la ordinaria correspondencia que tiene con el Superior General, es lazo que une al Centro de la Asociación con las establecidas en las Diócesis de esas lejanas comarcas.»

LECTURA PARA LOS SEMINARIOS

XIV

CONOCIMIENTO DE LOS SÚBDITOS

El conocimiento de los súbditos es cosa sobremediana difícil, y por esto comparó Séneca al encargado de gobernar, a un médico que entrara en una enfermería donde hubiese muchos enfermos de diversas dolencias; y tenía razón: pues no hay otra tan oculta enfermedad como las que aquejan al alma. Muy experto médico ha de ser aquel que sepa proveer como conviene a la diversidad incalculable de sentimientos que agitan el corazón humano. Con razón dijo San Gregorio: *Ars artium, regimen animarum*, pues Platón tuvo casi por imposible el haber ingenio que por sí solo fuera suficiente para acertar en el gobierno de los hombres. Y es que no hay certidumbre que dé entera seguridad en la apreciación de lo que es esencialmente mudable. Por lo cual, lo primero que debe hacer el Superior es imitar al rey Salomón en:

Pedir al Señor este conocimiento; y decimos imitar, no sólo en la demanda, sino en el modo como lo hizo,

es decir, alegando que pues el Señor le ha elegido por Superior, le dé sabiduría para ejercitar bien ese oficio. Y porque a la oración asidua, incesante y fervorosa ha de juntar el Superior lo que es de su parte para adquirir el conocimiento de sus súbditos, añadiremos que ha menester perseverancia, perspicacia, prudencia y continua atención a las enseñanzas de la experiencia.

Perseverancia. La necesidad de esta virtud para el caso presente, estriba en la extremada volubilidad de la humana naturaleza. Ya Job dijo que nunca el hombre se halla en el mismo estado; y la causa es porque siendo ceniza, y viento su vida, en modo alguno puede haber quietud entre el polvo agitado por el viento.

«No pienso, agrega el V. P. Juan de Avila, que habría cosa más espantable de mirar, si mirarlo pudiésemos, que ver cuántas formas toma un hombre dentro de sí en un solo día: toda su vida es mudanza y flaqueza.» Lo propio afirma San Bernardo en la siguiente comparación: *mens instabilis et inquieta... sicut molendinum velociter et nihil respuit, sed quidquid imponitur molit, si autem nihil apponitur, seipsum consumit, et sic semper est in motu et nunquam requiescit.*

Ni hay edad, ni condición humana que logre sustraerse a esta fluctuación incesante: los niños y los adolescentes sienten según los variados acaecimientos de la vida; los jóvenes, imprevisivos de suyo e inexpertos, no comprendiendo la realidad de la vida, andan engañados por las apariencias y a merced del oleaje creciente de pasiones contrarias; los viejos, desconfiados y pusilánimes, cansados de la continua lucha por la vida y ávidos de quietud en el ocaso de una procelosa existencia, pasan los días y las noches rumiando las impresiones que les dejaron las alegrías y desven-

turas de tiempos ya idos; y los hombres de edad madura aún no han visto cubrirse por entero de sombras el sonrosado porvenir con que soñaron, cuando los primeros celajes de la ancianidad les advierten que está a punto de terminar la vida que ellos creían haber empezado a vivir. Luego si hay algo invariable en el hombre, es su propia y constante volubilidad, y de ahí el que sea imposible conocerle, sin estudio perseverante: *diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges considera*, como dijo el Sabio.

No se canse, pues, el Superior de estudiar a sus súbditos, que no los juzgará acertadamente por lo que les vea en señaladas ocasiones: las apariencias están a la vista y son muy variadas, pero lo que se oculta en el corazón sólo se descubre con observación perseverante.

Perspicacia. Dón especial de la naturaleza es la perspicacia. La experiencia y el arte lo perfeccionan, pero el que no lo posee no puede adquirirlo. En muy escasa parte lo suple una larga y cuidadosa experiencia, pero lo reemplazan con inmensas ventajas las ilustraciones sobrenaturales con que Dios favorece a algunos Santos, dándoles la discreción de espíritus y el conocimiento de las ajenas conciencias.

Cuán necesaria sea al Superior la perspicacia para conocer a sus súbditos, se comprende con sólo tener en cuenta aquella advertencia de S. Gregorio Magno: *Saepe vitia virtutes se esse mentiuntur*. Y ciertamente, con suma facilidad uno confunde la firmeza de carácter con la terquedad; la sencillez, con la simplicidad; la franqueza, con la audacia; el celo, con el prurito de notoriedad; el respeto, con la adulación; y no raras veces parece proceder de profunda humildad lo que nace de

refinada soberbia. Téngase muy presente que en la vida humana entra por mucho el interés personal.

Prudencia. Esta virtud ha de informar el juicio del Superior acerca de los súbditos; pero no se olvide que ella puede hacer enteramente nugatorios los mejores trabajos del Superior relativos al asunto de que se trata, por lo cual acertadamente dijo Séneca: *eris prudens si evitas videri prudens.*

Atención continua a las enseñanzas de la experiencia. Quiere esto decir que el Superior ha de progresar en el conocimiento de los súbditos. Hé ahí el medio de rectificar oportunamente apreciaciones erróneas.

N. B.—En el conocimiento de los súbditos, de manera especialísima cuenta el Superior con las gracias de estado. Estas no las niega el Señor, antes las otorga con creces a quienes con fervor y constancia las piden.

Una Heroína del Apostolado

En la travesía del río Magdalena, cortó la muerte sus pasos a la Reverenda Madre Cecilia, Superiora y Fundadora de la Comunidad de Hermanas de la Presentación en Quibdó, Prefectura Apostólica del Chocó. Llamada por la obediencia a Bogotá, acariciaba proyectos y esperanzas para bien de sus hijas y educandas y de toda la misión del Chocó, apoyada y secundada por el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico que muy pronto llegará a Bogotá.

La prensa de Medellín, su ciudad natal, orlará el nombre de la Madre con abundantes datos biográficos que nosotros sentimos no poseer en estos momentos. Desde la prensa de Bogotá queremos presentar a la pública admiración las obras de su caridad y celo, como tributo de

gratitud de los misioneros del Chocó a la que fue nuestra eficaz cooperadora en la obra doblemente meritoria de moralizar y hacer progresar al Chocó.

Dotada por la naturaleza de cualidades morales no comunes a su sexo, púsolas al servicio de la gloria divina, consagrándose a Dios por la profesión religiosa en el Instituto de la Presentación.

Señalóle la obediencia ancho campo a su celo y actividad en el Agrado y últimamente, a partir del año 1912, en Quibdó. Sólo por referencias de la misma Reverenda Madre, nos son conocidas algunas de sus obras en su primer destino del Agrado. Los episodios maravillosos de su vida ocurridos en los viajes, en la asistencia de los hospitales, en el cuidado de los soldados enfermos o heridos en las campañas de la última revolución, bastaría para escribir una biografía interesante de esta heroína de la caridad y del apostolado.

La conocimos desde su venida a Quibdó, y durante tres años hemos sido testigos y admiradores de su celo y actividad, y los más beneficiados por las obras públicas y privadas de su caridad.

¡Poder admirable el de la gracia y santidad que robustece la misma debilidad y la comunica alientos de sobrenatural heroísmo! Aun cuando la Iglesia Católica no pudiera presentar al mundo otra prueba de su santidad que el coro hermoso de heroínas del apostolado que ha ido acrecentándose en el correr de los siglos, en el que ocupa ya un puesto glorioso la Madre Cecilia, bastará ella sola para probarla y atestiguarla. La misma impiedad contemporánea admira hoy en los hospitales, en los lazaretos, en los orfelinatos, en las cárceles y en el campo de batalla el mismo heroísmo que admiró la impiedad pagana en las mártires y vírgenes de los primeros tiempos de la naciente Iglesia.

Cuando veíamos a la Madre Cecilia establecer la nueva fundación y colegio, allí donde las dificultades de todo género hacen fracasar los más hermosos proyectos; cuando

la vimos emprender la construcción del nuevo edificio para mejor desarrollar sus planes, sin contar con otro apoyo que la Providencia, como ella decía; cuando al poco tiempo de funcionar el colegio, palpábamos los frutos de moralidad e instrucción en niñas no acostumbradas antes al trabajo y a la disciplina de la escuela y colegio; cuando observábamos su presurosa actividad en suplir a las Hermanas enfermas y en acudir a los enfermos de la población, de día y en altas horas de la noche, siempre que otros sagrados deberes no se lo impedian; cuando la sorprendíamos sola ante el sagrario a horas desacomodadas por no poder hacerlo con la comunidad; cuando asistía con fiebre a la Santa Misa para no privarse de la comunión y nos proponía medios para propagar la devoción al Corazón Eucarístico de Jesús, que era su devoción predilecta; cuando finalmente, en momentos de apuro o en días de tribulación, no la veíamos desmayar, y en ocasiones con valor, serenidad y dialéctica irrefutable, defendía la disciplina de su colegio y los intereses de la comunidad; cuando todo esto presenciábamos, creíamos sorprender en la Madre Cecilia una de esas heroínas de la caridad y del apostolado católico que la Iglesia y el mundo veneran en Teresa de Jesús, en Catalina de Sena y en otras muchas.

Corazón de madre para prevenir y remediar las necesidades de sus hijas y educandas y de todos los enfermos, retribuido, eso sí, con un cariño y afecto filiales y con sincera gratitud; celo y actividad de apóstol para comunicar el bien y hacerse toda para todos en alas de la caridad, pues no se arredraba ante la misma muerte; piedad acendrada y devoción al Corazón Eucarístico de Jesús o como decía ella con frase gráfica colombiana «a Nuestro Amo Sacramentado», piedad tanto más de admirar, cuanto mayor fuera el radio de su actividad; carácter prudente pero inflexible para gobernar; juicio sereno en el pensar; obediente y sumisa a la autoridad; maestra experimentada y educadora de la juventud: hé aquí las cualidades morales que hacen resaltar el

retrato moral de la Reverenda Madre Cecilia. Todas sus virtudes parecen vivificadas por la fe, y realizadas por la caridad.

Consignemos aquí dos rasgos hermosos que revelan su alteza de miras y su gran corazón:

Cuando en el hospital de Cartagena nos refería, antes de emprender el viaje, las últimas vicisitudes porque había atravesado la política chocoana, a partir de nuestra salida de la capital de la Prefectura, le significamos que nos felicitábamos de habernos sustraído con la ausencia a tal ambiente. La Madre señalándonos el mar por la ventana de la habitación, nos respondió: «Padres, yo veo todas esas cosas sin que me impresionen, como veo pasar las olas del mar.»

Repetidas veces solicitó para sí y para las Hermanas servir de madrina en el bautismo a pobrecitos indios, a los que vestía, acariciaba y regalaba con amor de verdadera madre. Cuando veía alguno por la calle, muchas veces le hacía llamar para catequizarle y bautizarle si no lo estaba. Varias veces nos propuso el proyecto, que le sugería su celo y amor para con los pobres indios, de aprovechar el tiempo de asueto para convivir con ellos en alguno de los centros más numerosos de población indígena.

Al hacer públicos el nombre y las virtudes de la Madre Cecilia, rendimos justicia a la santidad y al heroísmo, por lo que no dudamos en llamarla Heroína del sublime apostolado de la Cruz; quisiéramos a la vez llamar la atención a la generosidad de las almas grandes, para que cooperen a la obra empezada por la Madre en el Chocó y que sus Hijas han de completar, prolongando la vida y las obras de la Madre, asociadas a los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María que hemos recibido del cielo la misión de cultivar aquella que, pocos años ha, era viña inculta, y que hoy empieza a dar frutos de bendición a la Iglesia y a la Patria.

FRANCISCO GARCÍA

Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María

Oración fúnebre

PRONUNCIADA POR EL R. P. FR. VICENTE C. ROJAS EN LAS EXEQUIAS DEL VENERABLE P. FR. BUENAVENTURA GARCIA, CURA PÁRROCO DE CHIQUINQUIRÁ

«Ecce Sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio; etc.....»

Eccli 44

«Fue agregado al número de sus padres y antepasados, y los hijos de Israel hicieron sobre él un grande llanto.» Así habla la escritura divina al referir la muerte de Jacob padre de las doce tribus que formaron el pueblo de Dios. *Apossitus est ad patres suos*; se agregó a sus mayores, Abraham, Isaac y demás patriarcas del pueblo escogido. *Apossitus*, se juntó a la congregación de los justos, a la cual pertenecía; recogió su tienda de peregrino en el desierto de esta miserable vida y marchóse a la tierra de promisión que es el cielo. Empero, quién enjugará el llanto que ha causado su partida; quién llenará el vacío que deja su ausencia; quién en una palabra, se sentará en el solio que ocupaban sus virtudes? No toca a mí responder a tan tristes preguntas, tan sólo debo cumplir hoy el consejo del sabio que dice: *lauda post mortem*, alába, elógia después que el hombre haya muerto. Y, cuál será esta alabanza, en qué consistirá este elogio? Lo habéis oído en el texto de mi oración: «Hé aquí el gran sacerdote que en sus días agradó a Dios y hallado justo y en el tiempo de la ira fue medio dereconciliación.» «Oh Dios mío! padre de la justicia» exclamaba un día, el P. Lacordaire, en las exequias del inmortal caudillo de la causa católica en Irlanda; (1) «gra-

(1) O' Conel.

cias te doy porque me has concedido hacer el elogio de un hombre justo!» Yo tengo que decir, lo mismo, pues es ya la tercera vez que subo a la cátedra sagrada para ser intérprete honrado de la muerte. Gracias te doy porque puedo abrir hoy mis labios sin adulación ni mentira; y no necesito otra cosa que interpretar el sentimiento unánime del pueblo que me escucha! *Ecce Sacerdos magnus*.

El sacerdote es grande por su misma dignidad; participación del sacerdocio eterno de Jesucristo Hijo de Dios. Grande es, pues sacrifica todos los días la víctima divina para borrar los pecados del mundo, grande, pues, es el embajador o intermediario entre la Majestad soberana y la pequeñez de los hombres. Grande, porque tiene el inaudito poder de perdonar los pecados, gracia no concedida ni a la Virgen ni a los ángeles. En cuanto queda dicho, todo sacerdote de la nueva ley es grande y venerable, y se comprende por aquí el dicho de Santa Catalina de Sena: «Yo beso con gusto el lugar donde pone el pie un sacerdote.» Mas, la palabra o calificativo de *gran sacerdote*, significa no sólo la dignidad sino la virtud y santidad del investido con el carácter sagrado. Gran sacerdote, o sacerdote santo; hé aquí dos frases que tienen un mismo sentido en el lenguaje cristiano, en el lenguaje del pueblo. Y, tendré yo que evocar aquí recuerdos que están vivos aún en los hijos de este dichoso pueblo? Nó, si los traigo a la memoria es porque mañana se escribirá la historia de la ciudad de la Virgen, y mis palabras serán quizá un testimonio. Gran sacerdote en la pureza, N. V. P., no deja tras de sí ni una sombra que oscurezca el brillo de su vida; ni una mancha que pueda engendrar lágrimas. Gran sacerdote por su desprendimiento de los bienes de este mundo; vosotros le habéis visto pasar de su casa particular al claustro: vosotros, amados hermanos, habéis contemplado esa pobre celda, tan pobre como la del último donado de un convento. Gran sacerdote en la cátedra sagrada de donde hablaba con au-

toridad de profeta y corregía con celo de Pastor. Por eso en sus días agradó sin duda a Dios a quien sólo agradan los santos, como Henoc; por eso fue hallado justo como Noé, cuando muchos por desgracia habían prevaricado, y en este tiempo de ira sirvió de reconciliación. *Factus est reconciliatio*. ¿Qué fueron si nó, el destierro de las comunidades, el robo de sus conventos y posesiones, la clausura de los templos y los demás horrores del año 61? ¿Qué fueron digo, sino la ira de Dios que, desencadenada a manera de huracán furioso, barrió e hizo pedazos cuanto encontró a su paso? Fue hallado justo y sirvió de reconciliación por lo mismo: sirvió de reconciliación entre Dios enojado y los descendientes del Gran Guzmán infieles por desgracia a su vocación. Sí, de reconciliación se necesitaba entre Dios y los hombres, todo el mundo lo sabe, pues la historia que no puede borrarse nos dice, que el árbol maldito de la libertad mal entendida, había echado raíces desde mediados del siglo XVIII, aun en los conventos. Sus frutos fueron demasiado amargos y los acontecimientos desarrollados durante el siglo XIX no han sido más que necesarias consecuencias de tan malos principios. Por eso vino al fin la ira de Dios, como en tiempo de Noé, el diluvio. «No se halló entonces otro semejante que conservase la ley del Excelso,» y por eso, poniendo manos a la obra, el Señor le multiplicó en su descendencia, cumpliéndose el juramento que hizo a Abraham, Isaac y Jacob. *Crescere in plebem suam*: qué promesa! nadie lo creía, y me parece ver aún las lágrimas en sus mejillas, cuando desde este sagrado altar terminada la misa, pidió a los hijos de Chiquinquirá que manifestasen por medio de firmas la voluntad que tenían acerca de la restauración o no, de nuestra Comunidad! *Crescere in plebem suam*; qué palabra! la gloria del hombre es verse y contemplarse reproducido en una honrosa posteridad! Ningún corazón grande renuncia a ella, y los mismos que hemos abandonado el mundo y la carne, aspiramos a dejar una descendencia más grande,

puesto que es la descendencia espiritual de los hijos de Dios. Tenéis delante de vuestros ojos esta descendencia de N. V. Padre: habéis gozado ya no poco de los frutos de este árbol plantado por su espíritu y regado con el agua saludable de sus palabras y ejemplos: conservadlo con amor y gratitud a fin de que sea para vosotros la herencia preciosa del amado Pastor.

Prosigo en mi aplicación del sagrado texto, puesto que ni una sola voz disonante me interrumpe ni detiene.

Benedictionem omnium gentium dedit illi.

«El Señor le dio la bendición de todas las gentes,» es decir; le dio a su mismo Hijo: se lo dio en su espíritu sacerdotal; se lo dio en el celo por su honra; le dio, en una palabra, la bendición en la felicidad de vivir y morir en el seno de una Comunidad como los santos, rodeado de los suyos.

Et circa illum corona fratrum.

«Sobre su cabeza confirmó su testamento;» el testamento de la paz aquí; el testamento de la gloria allá. Concedióle como al Sumo Sacerdote Aarón desempeñar el sacerdocio y ofrecerle incienso digno en olor de suavidad.

«Hé aquí el gran Sacerdote que en su vida reedificó la casa, y en sus días dio consistencia y hermosura al templo.» Este magnífico santuario es testigo de mis palabras y así lo reconocerán los que vinieren después de nosotros. Dirán que todo lo hizo por el acendrado amor que su pecho abrigaba para la Madre de Dios; ahora bien: la devoción ferviente a esta Señora es elogio muy honroso y consolador para un hombre, así en la vida como en la muerte. Por eso, y porque, como dije antes, su vida fue de Sacerdote Santo, pudo bien guardar a su pueblo y librarlo de la perdición de los vicios en que lo encontrara sumergido. *Qui curavit gentem suam et liberavit eum a perditione*. Su obra en este sentido es inapreciable, pues, a Dios gracias, nuestro pueblo pudiera ser modelo de muchos. Y no podía

ser de otra manera, si es cierto que los trabajos de una Comunidad Religiosa no son estériles.

Se comprende después de todo esto, que su nombre se haya hecho famoso y alcanzado aquella gloria que no es vana como la de los mundanos, y consiste en el perfume de las virtudes difundido entre los pueblos. *Qui adeptus est gloriam in conversatione gentis*. Este testimonio es unánime; el clero y el pueblo, los individuos más ilustres de las Ordenes Religiosas, lo mismo que los Venerables Obispos; todos los que le conocieron de cerca han dicho lo que yo: hé aquí el gran Sacerdote del Altísimo: hé aquí el dominico más ilustre de Colombia, por quien el hábito de santo Domingo subsiste con honra todavía. «Amado de Dios y de los hombres, su memoria permanece bendita. En la fe y mansedumbre le santificó, lo escogió de entre toda carne.» Qué alabanza!, está escrita en cada uno de vuestros corazones; tan grande y magnífica que mayor no pudiera soñarse.

Ahora, paisanos míos; ahora digo, mis amados hermanos en el Corazón de Jesucristo: ahora que la voz de la muerte y el silencio de la tumba nos hablan con tan soberana elocuencia; ahora que no queda delante de nuestros ojos sino los restos mortales del que fue nuestro Padre, maestro, pastor y guía de nuestras almas, volvámonos con todo el corazón a Dios nuestro primer padre y origen: Padre que no muere porque El es la misma vida; maestro que siempre enseña porque su sabiduría es infinita; pastor eterno de cuyas manos ninguna oveja puede ser arrebatada; guía segura para llegar a la patria celestial a donde todos caminamos.

El ejemplo está patente: muchos hombres hemos conocido cuya memoria se ha borrado con el sonido de su nombre, como dice el Salmo; al paso que el recuerdo del justo permanece para siempre, y si la historia humana lo olvidase queda el seno de Dios donde se guardan las verdaderas y felices recompensas. «En la fe y mansedumbre

le santificó el Señor. En esa fe como la de Abraham, con la cual creyó que su familia religiosa se levantaría otra vez después de la catástrofe, como los huesos que vio Ezequiel dispersos en el campo, a los cuales un soplo del Señor vistió de carne e infundió vida. En la mansedumbre le santificó, pues la ceguera y la misma ancianidad nos dejaron ver en el hombre de inquebrantable carácter, la suavidad adquirida con los trabajos y las pruebas a que Dios sometió a los suyos. Habíalo escogido de entre muchos, para hacer por su medio esas cosas grandes, ocultas a los sabios del mundo, impracticables para los poderosos, inasequibles para las riquezas, y concedida sólo a los humildes y limpios de corazón. Estas cosas grandes son ciertamente las que llevo dichas, cuya apreciación no puede hacerse en una hora, y cuyo mérito ha de acrecentarse con el andar de los años, a medida que se palpen las consecuencias. «Cómo engrandeceremos a Zorobabel?» exclama la Escritura, pues él reedificó el templo derribado por los impíos, e hizo que los desterrados hijos de Israel volbiesen a entonar bajo sus bóvedas los solemnes cánticos de Sión? Un grande llanto se derrama hoy sobre mi venerado Padre, a quien debo, después de Dios, mi precioso hábito, mi vocación religiosa y el sacerdocio santísimo de Jesucristo; grande llanto, sí, expresión de tierno amor y profunda gratitud de todo un pueblo, piadoso presagio de la eterna bienaventuranza. Pongo aquí sello a mis labios para que no pasen adelante en un juicio que no me corresponde porque sólo a Dios toca y a su Iglesia; pero, traduciendo vuestros nobles al par que justos sentimientos repito la pregunta del Eclesiástico: Cómo engrandecemos a Zorobabel? De qué manera honraremos a Fray Buenaventura? «¡Oh rostros de los santos!; dulces y fuertes labios, acostumbrados a nombrar a Dios y a besar la cruz de su Hijo; ojos muy amados que distinguís un hermano en la más pobre de las criaturas; cabellos encanecidos en las meditaciones de la eternidad; colores sagrados del alma que resplandecéis en la anciani-

dad y en la muerte; bienaventurado el que os ha visto!... Más bienaventurado el que os ha comprendido, y ha podido recibir de vosotros, de vuestro polvo transfigurado, lecciones de sabiduría e inmortalidad! (1)

Oh hermanos muy amados que vestís este sayal, regalo de la misma Madre de Dios a nuestros benditos Padres: han pasado de esta vida los dos hombres escogidos por la Providencia para resucitar en Colombia la descendencia del Bienaventurado Domingo; su memoria es inseparable, aunque sus huesos descansen en distinta sepultura. El primero trajo su origen y su espíritu de la Madre España, y el segundo vio la luz y se levantó en el suelo afortunado de la hija emancipada. Dios los juntó para que reedificasen su santa Casa, y cumplida que fue su misión, llevólos de este valle de miserias—lo esperamos—a la tierra de los que viven para siempre. Caminemos por sus huellas, nunca jamás olvidemos sus ejemplos, sirvamos al Señor a quien sirvieron, hasta llegar a abrazarles en el cielo.

A tus pies, Virgen Santa! mezclando lágrimas con el clero y con el pueblo, venimos tus hijos predilectos a depositar las cenizas del Gran Sacerdote, fiel custodio de tu santuario, para que aquí descansen en la paz de Cristo!

Quedamos huérfanos: mañana, cuando nuevas tempestades se levanten sobre nuestra cabeza, esperamos que nos salves, Señora, como salvaste al piloto en horas de borrasca.

¿Quomodo amplificemus Zorobabel?...

Que te engrandezcan, oh Padre amado!, el pueblo y la comunidad religiosa a quienes serviste: que cuenten tus virtudes las generaciones que te vieron a los hijos que de ellas nacerán; y que después de este día de llanto y despedida, cuando lleguemos al otro lado del Jordán y pongamos pie firme en las playas de la eternidad, encontremos tu nombre y el nuestro escritos juntamente en el libro de la vida. ¡Amén! ¡Amén!

(1) P. Lacordaire. Conferencia XLVIII en Notre Dame de Paris.

Los sacerdotes de María, Reina de los Corazones

IV

(Continuación)

DIRECTORIO DEL SACERDOTE DE MARÍA,
REINA DE LOS CORAZONES

Si se examina con atención el espíritu de la perfecta devoción a María, se verá que se adapta a todos los estados, a todos los géneros de vida, en una palabra, que su nota característica consiste, no ya en lo que se hace, sino en el espíritu con que se hace. Según esto, bien podemos afirmar que el sacerdote asociado no tiene otro reglamento de vida sino el que observan los buenos sacerdotes: oración, misa, acción de gracias, examen, visita al Santísimo Sacramento, lectura de la Biblia, rosario y oración de la tarde.

Para explicar el modo de hacer esos actos en unión con María, conviene consagrar a cada uno de ellos un estudio detenido. (1) ¿Pero hemos de decir, por eso, que en la vida del sacerdote de María, no caben esas mil prácticas que, sin ser obligatorias, dirigen su espíritu y su corazón hacia Ella, impregnando su vida del espíritu de la perfecta devoción? Lejos de eso; podemos mencionar algunas, y todos encontrarán fácilmente otras muchas que el fervor de su piedad, sin duda, les sugerirá.

Obsequiar a la Santísima Virgen en sus festividades, considerar el sábado, sobre todo, el primero de

(1) La Revista de los sacerdotes de María, Reina de los Corazones, nos lo facilitará.

cada mes, como el día de María. En esos días, especialmente, tomar para materia de meditación y lectura espiritual la vida y virtudes de la Santísima Virgen, y ayunar, si es posible, a ejemplo de los hijos del B. Montfort. No obrar ligeramente y por antojo, ni siquiera en las cosas libres, o dígame indiferentes, pues la dependencia de María que voluntariamente hemos aceptado, exige que examinemos un instante si tal obra será de su agrado, y que le pidamos permiso para practicarla. Depositar las llaves o insignias de la propia dignidad o cargo a los pies de María. Colocar-la como presidiendo su casa, en el sitio de honor. Ofrecerle, en una palabra, nuestras tareas, las recompensas por ellas alcanzadas, etc.

V

ESTATUTOS DE LA ASOCIACIÓN DE LOS SACERDOTES DE MARÍA, REINA DE LOS CORAZONES

I. Objeto.—Los sacerdotes de María, Reina de los Corazones, se proponen un doble fin:

1.º Santificar su vida sacerdotal por la práctica de la *perfecta devoción a María*, tal como la enseña el B. Luis María Grignon de Montfort.

2.º Hacer de esta devoción el principal medio de su apostolado, para establecer por María el reino de Jesucristo, lo mismo en los individuos que en la familia y la sociedad.

II. Organización.—1.º La Asociación comprende no sólo a los sacerdotes, sino también a los seminaristas.

2.º El Director de la Asociación es el Superior General de los Padres de la Compañía de María, fundada por el B. Montfort. La Asociación se halla debajo de la poderosa protección del Cardenal protector de la

Compañía de María y de la Congregación de la Sabiduría, que actualmente es su Eminencia el Cardenal Vicente Vannutelli. Dondequiera que la pujanza de la obra permita organizar una agrupación, el Director General dispondrá que los sacerdotes miembros de la Asociación elijan un representante suyo con el nombre de Director regional. En los Seminarios, éste podrá ser el Superior u otro sacerdote por él designado.

3.º Cada tres meses se envía a todos los socios un boletín o reseña para facilitarles el conocimiento de los planes, trabajos y resultados, etc., etc., y para que haya unidad de acción.

4.º Por sí mismo o por sus representantes, el Director General está siempre a la disposición de los miembros de la Asociación en lo que atañe a los intereses del reinado de María en los corazones. (1)

5.º El sacerdote que quiera entrar en la Asociación, obtenido el consentimiento del Director, escogerá una festividad de la Santísima Virgen para verificarlo. En ese día celebrará la Santa Misa, y si no pudiere celebrarla, rogará al menos para mantenerse fiel a las promesas con que voluntariamente se va a ligar. Durante la acción de gracias leerá la fórmula de consagración del B. Luis María, adaptada de un modo especial al fin de la Asociación. (2) A esta consagración deben

(1) El centro de la Asociación es ordinariamente la Casa Matriz de los sacerdotes de la Compañía de María.—En atención a la época calamitosa que atravesamos, conviene dirigirse en todos los casos o al *Regne de Jésus par Marie Saint-Laurent-sur-Sèvre* (Vendée), o bien al Colegio Montfort, 40, Via Dogali, Roma; o ya al *Messenger de Marie Reine des Cœurs*, Cummings Bridge Ontario, Canadá.

(2) Véase al fin de los Estatutos.

preceder los Ejercicios que aconseja el Beato en su *Tratado de la verdadera devoción*.

6.º Para honrar a María y establecer su reinado, el sacerdote apóstol de la Reina de los Corazones no excluye ninguna devoción, ejercicio piadoso ni cofradía mariana aprobada por la Iglesia, sino que en todas sus obras de apostolado se inspira en el espíritu y las prácticas de la perfecta devoción a María. Tenga en cuenta que ésta ayuda y perfecciona las otras devociones, que es la más adecuada para formar almas escogidas, y que indudablemente constituye uno de los medios más poderosos del apostolado, así por las gracias que del cielo atrae como por los sacrificios que sugiere.

7.º El nuevo asociado enviará al Director regional o general, una copia de su consagración para recibir el diploma y para que inscriban su nombre en el registro de la Asociación, formalidad indispensable para gozar de los privilegios que le han sido otorgados. (1)

8.º Los miembros de la Asociación renovarán su consagración de la Santa Esclavitud y sus promesas como sacerdotes de María, Reina de los Corazones, el día 8 de diciembre y el 25 de marzo. Lo mismo deben hacer cada día, por medio de alguna breve fórmula,

(1) Ofrecemos a los señores sacerdotes la fórmula oficial que deben emplear para remitirla al Director.

Año de gracia 19

Día

Habiéndome preparado convenientemente, he hecho mi consagración de sacerdote de María, Reina de los Corazones. Pido ser inscrito en el registro de la Asociación, protestando que quiero guardar fielmente hasta la muerte las dulces obligaciones que he contraído.

(N. del T.)

Firma.

que conviene sea la indulgenciada: «yo soy todo de Jesús por María» o también: «ego servus tuus sum, et filius ancillae tuae.»

9.º Los sacerdotes de María, Reina de los Corazones, deben vivir y obrar según el espíritu de su consagración total a Jesús por María; pero fuera de esta consagración, no les impone ninguna otra práctica exterior la Asociación.

10. La Asociación se esforzará en ayudar, cuanto pueda, a la publicación y a la propaganda de los escritos de sus miembros, así como también a la organización de sus obras.

11. En la fiesta de la Anunciación, los sacerdotes de María, Reina de los Corazones, ofrezcan el Santo Sacrificio de la misa por los miembros de la Asociación y por la prosperidad de esta obra, siempre subordinando su intención a la de María.

III. *Privilegios concedidos*.—1.º Tienen derecho, *servatis servandis*, a todas las indulgencias concedidas a los miembros de la Cofradía de María, Reina de los Corazones. (1)

(1) Estas indulgencias son: 1.º Indulgencia plenaria, aplicable a las almas del Purgatorio, para los que hagan o renueven la consagración, según la fórmula del Beato Luis María Grignon de Montfort (León XIII, 25 de febrero de 1896). Esta indulgencia puede ganarse dos veces al año: 1.º El día de la Inmaculada Concepción. 2.º El 28 de abril, fiesta del Beato, con las condiciones acostumbradas.

2.º Indulgencia plenaria, aplicable a las almas del Purgatorio, el día de la admisión en la Cofradía y el día de la Anunciación (30 de mayo 1899).

3.º Indulgencia de 40 días cada vez que se renueve, con el corazón o con la boca, la consagración a Jesús por María (Mons. José Duhamel, Arzobispo de Ottawe).--N del T.

2.º Por un rescripto del 13 de febrero de 1907, disfrutan de altar privilegiado todos los días de la semana.

3.º Por el mismo rescripto, ganan 100 días de indulgencia todas las veces que renuevan su consagración a María por medio de la siguiente oración jaculatoria: «*Yo soy todo de Jesús por María.*»

4.º Son participantes de todas las buenas obras, así satisfactorias como impetratorias, de los miembros de la Compañía de María y de las Hijas de la Sabiduría.

IV. Acto de consagración.—¡Oh Sabiduría eterna y encarnada! ¡Oh amabilísimo y adorabilísimo Jesús! verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único del Padre Eterno y de María siempre Virgen; yo os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre durante la eternidad, y en el seno virginal de María vuestra dignísima Madre en el tiempo de vuestra Encarnación.

Os doy gracias porque os habéis anonadado tomando la forma de esclavo para sacarme de la cruel esclavitud del demonio. Os alabo y glorifico porque habéis querido someteros en todo a María, vuestra santa Madre, a fin de hacerme por Ella vuestro fiel esclavo. Mas, ¡ay! ingrato e infiel, no he guardado las promesas que tan solemnemente os hice en el Bautismo, ni las de mi Ordenación sacerdotal. No he cumplido mis deberes; no merezco ser llamado hijo vuestro, ni vuestro sacerdote y esclavo; y como nada hay en mí que no merezca vuestro desprecio y vuestra cólera, no me atrevo a acercarme por mí mismo a vuestra santísima y augusta Majestad. Por esto recurro a la intercesión de vuestra Santísima Madre, que me habéis dado como medianera para con Vos, esperando por este medio obtener de Vos la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

Os saludo, pues, ¡oh María Inmaculada! tabernáculo vivo de la Divinidad, en donde la Sabiduría Eterna, escondida, quiere ser adorada de los ángeles y de los hombres. Os saludo, ¡oh Reina del cielo y de la tierra! a cuyo imperio está sometido todo lo que hay debajo de Dios. Os saludo, Madre de Cristo, Pontífice eterno, Reina del Clero, Virgen sacerdote. Os saludo, ¡oh refugio seguro de los pecadores!, cuya misericordia a nadie falta; escuchad los deseos que tengo de la divina Sabiduría, y recibid para ello las promesas y las ofertas que mi pequeñez e indignidad os presenta.

Yo, N. . . ., pecador infiel, renuevo y ratifico hoy en vuestras manos los votos de mi Bautismo y mis promesas de sacerdote. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me consagro enteramente a Jesucristo, Sabiduría encarnada para llevar mi cruz en pos de El todos los días de mi vida. Y a fin de serle más fiel que hasta el presente, os escojo, ¡oh María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, la potestad y las funciones de mi sacerdocio y hasta el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y venideras, otorgándoos un entero y pleno derecho para disponer de mí y de todo lo que me pertenece como sacerdote, sin excepción, según vuestro beneplácito, a la mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad.

Recibid, ¡oh Virgen benignísima!, esta pequeña ofrenda de mi esclavitud, en honor y unión de la sumisión a Vos, en que la Sabiduría Eterna quiso vivir, en homenaje de la soberanía que ambos tenéis sobre este vil gusanillo y miserable pecador, en acción de gracias por los privilegios con que os enriqueció la Santísima Trinidad. Protesto que en adelante quiero, como verdadero sacerdote, apóstol y esclavo vuestro,

procurar vuestra honra, proclamar y mantener vuestros derechos, establecer vuestro reinado y obedeceros en todo. ¡Oh Madre admirable!, presentadme a vuestro querido Hijo, en calidad de sacerdote y de esclavo eterno para que me reciba por Vos, como me rescató por Vos. ¡Oh Madre de misericordia!, dignaos alcanzarme la verdadera Sabiduría de Dios, y colocarme para ello en el número de los que amáis, enseñáis, guiáis, alimentáis y protegéis como hijos y esclavos vuestros. ¡Oh Virgen fidelísima!, hacedme en todas las cosas tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo vuestro Hijo, que llegue como Vos y por vuestra intercesión, a la plenitud de la perfección en la tierra y de la gloria en los cielos. Así sea.

VI

SÚPLICA DE LOS ORGANIZADORES Y RESPUESTA
DE SU SANTIDAD PÍO X

Beatísimo Padre:

Enrique María Jouet, Procurador General de la Compañía de María, fundada por el Bienaventurado P. Luis María Grignon de Montfort, humildemente prostrado a los pies de Vuestra Santidad, suplica se digne conceder una bendición y una palabra de aliento a la Asociación de sacerdotes de María, Reina de los Corazones, que tienen por fin practicar ellos mismos y enseñar y extender entre los fieles la perfecta consagración a la Madre de Dios, tal como la expone el Bienaventurado Padre en su *Tratado de la verdadera devoción a María*.

Retiro mensual

El del mes de octubre tendrá lugar el 30.

CORRESPONDENCIA

Estimado señor doctor y amigo:

Hace algunos días tuve el placer de recibir el ejemplar de *El primer Congreso Eucarístico Nacional de Colombia*, con que Su Señoría tuvo a bien obsequiarme. Reciba mis más sinceros agradecimientos por tan simpático regalo. Puede estar seguro Su Señoría de que consagraré con placer los momentos que mis ocupaciones me dejen libres, a la lectura de libro tan fervorosamente consagrado a Nuestro Señor, y tan genuinamente colombiano.

Veo en él la manifestación más autorizada de la fe decidida y de la siempre crecida vitalidad religiosa de esa Colombia que yo he amado y amo aún tanto.

Me atrevo a ver también en el obsequio de Su Señoría, junto a la delicada muestra de amistad de Su Señoría, una honrosa insinuación del Ilustrísimo Señor Herrera. Me permito rogar a Su Señoría se sirva presentar al Ilustrísimo señor Arzobispo mis más respetuosos cumplimientos.

Haciendo votos al cielo por la paz y la prosperidad de Colombia y por el completo bienestar de Su Señoría, me suscribo de Su Señoría amigo y servidor,

GABRIEL MALLET,

Presbítero de los Sagrados Corazones de Jesús y de María
(Eudista), *Procurador General*.

Señor Vicario Dr. D. Salustiano Gómez Riaño—Bogotá.
Roma, junio 9 de 1915.

EXTRANJERO

Nuevo Secretario.—Del señor Internuncio de la República argentina ha sido nombrado Monseñor Vicente Misuraca.

México.—En atención a las excepcionales circunstancias en que se halla la República de México, el Padre Santo ha dispuesto que se encargue provisionalmente de la Delegación Apostólica en ese país, Monseñor Juan Bonzano, Delegado Apostólico en los Estados Unidos.

Castigo de un sacrilego.—En *Le Bachir* periódico de Beyrouth, redactado en árabe, se publicó el hecho siguiente, acaecido en una aldea del Libano: «un domingo por la noche se quedó oculto en el templo un joven, con el propósito de robar los vasos sagrados; cuando intentó abrir el Sagrario se sintió rechazado por una fuerza invisible y cayó al pie del altar. Las campanas del templo empezaron a sonar y los habitantes de la aldea acudieron a la iglesia, pero para entrar tuvieron que forzar la puerta porque estaba cerrada. Al fin entraron y hallaron al sacrilego revolcándose en el suelo. Con gran dificultad obtuvieron de él, por señas, las respuestas por las cuales vinieron en conocimiento de lo ocurrido, pues el infeliz ladrón había quedado mudo y ciego.»

Centenario

DEL NACIMIENTO DEL VENERABLE JUAN BOSCO

Con gran pompa celebraron el 16 del pasado agosto los cooperadores Salesianos, el Centenario del nacimiento del Venerable Juan Bosco.

Saludo

Cordial y respetuoso presentamos al M. R. P. Ezequiel Villarroya, Provincial de los RR. PP. Misioneros del Corazón de María.

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año X. Vol. X.

Octubre 1.º de 1915.

Número 18

PASTORAL

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, Prelado Doméstico
de Nuestro Santísimo Padre el Papa, Asistente al
Solio Pontificio, etc.

*Al Venerable Clero secular y regular a todos los
fieles de nuestra Arquidiócesis, salud y bendición en
Nuestro Señor Jesucristo.*

Fue siempre costumbre entre los católicos acudir a María Santísima Nuestra Señora y acogerse bajo de su amparo en tiempo de dificultades y turbación; prueba es esta de que la Iglesia de Cristo ha puesto, y con razón, su confianza en la Madre de Dios, porque Ella, preservada de la mancha original, predestinada a la maternidad divina, y siendo por este motivo cooperadora en la obra de la redención del linaje humano, tiene ante su Hijo Santísimo tan señalado valimiento, que nunca lo alcanzó